

¿Qué quiero ser de mayor?

“Buenos días y bienvenidos al penúltimo día de los Juegos Olímpicos.

La programación de hoy consta de natación desde las 9:00 hasta las 15:00, de 13:00 a 21:00 el tenis y a las 22:00 las semifinales de baloncesto entre España e Italia. Quien gane se enfrentará a China.

Estamos viendo la natación, quedan 50 metros y el americano Gush va 1º seguido de Fish a 3 décimas, faltan 20 metros sigue 1º Gush, y ... ¡gana Fish por 10 milésimas!”

“Hola de nuevo, estamos presenciando la derrota del español en el tenis. Va perdiendo 6-1 y 5-3, no esperábamos la victoria porque es totalmente mejor el ruso. El español ha sido derrotado por 6-1, 6-4 y 7-6, Rusia se lleva el oro.

Pues qué le vamos a decir del baloncesto, que ha ganado por 97 a 68 a Italia y en la final se enfrentará a China. Pues hasta mañana, os veo en la final del partido de baloncesto con un invitado especial: Manuel. Él nos ayudará a narrar el partido, chao.”

“Buenos días, hoy en la programación solo habrá baloncesto a las 22:00 horas.”

“Buenas noches y bienvenidos a la final de la competición de baloncesto, que enfrentará a China contra España. (Bla, bla, bla). Pues nada se acabó el tiempo y van empatados, España tiene que tirar dos tiros libres. Tira el 1º y lo falla, tira el 2º y...”
¡Ah! Solo era un sueño.

Esto es lo que pasó cuando era pequeño, por este sueño, y porque me gustó como comentaba el partido y porque me gustan los deportes es por lo que quiero ser comentarista deportivo.

Manuel Piñeiro Otero (1ºB ESO)

¿Qué harías si te tocara un millón de euros?

Si me tocara un millón de euros me iría de vacaciones por toda España, luego por toda Europa. Me iría de compras y elegiría la ropa más cara y bonita que pudiera haber en los grandes centros comerciales y tiendas de ropa. Sobornaría a los profesores para que me aprobaran, así nunca suspendería aunque no aprobara los exámenes, ni hiciera los trabajos, ni nada de nada. Iría a los parques de atracciones, repartiría el dinero primero con mis padres, con mis abuelos y por último a mi hermano, pero se tendría que arrodillar y pedírmelo un montón de veces, así me vengaría de él y me reiría un montón de él (bua, qué mal soy con mi hermano, si es que ya me lo dice mi cuñada,...) Bueno pues sigo en... repartiría también a los pobres porque me parece que buena falta les hace pero ahora que lo pienso, ¿me llegaría para tanto el dinero? Bueno, soñar es gratis, así que, ¡qué más dará! Bueno, pues como no sé qué más hacer con un millón de euros, pues ya acabé.

Antía Gallego Fernández (1ºA ESO)

Mi vida en Tenerife

Durante dos años de mi vida estuve viviendo en Santa Cruz de Tenerife. Eso se debió a que mi madre tuvo que hacer unas oposiciones en su trabajo. Si aprobaba esas oposiciones la mandarían a trabajar a algún otro sitio de España que no fuese Galicia y, si suspendía, perdía el trabajo. Ella pensaba que como muy lejos la enviarían a Madrid o a Barcelona, pero la destinaron a Tenerife durante un tiempo indefinido. Mi reacción ante esa noticia tuvo dos caras: una buena, porque aunque nunca antes había viajado, siempre quise hacerlo y, otra mala, ya que aquí estaban mis amigas de toda la vida y no me resignaba a dejarlas.

Mi madre decidió irse, pensaba que estaría allí solamente unos meses, pero, aun así, dos meses después de que mi madre se hubiese marchado, mi padre, mi hermana y yo nos fuimos también.

Cuando llegué a Tenerife me encantó. Los primeros días mi madre nos llevó a dar paseos por la ciudad para que la fuéramos conociendo. Me matricularon en un colegio llamado “Villa Ascensión”. Vivíamos en un piso con tres compañeras de mi madre que también eran gallegas, pero al poco tiempo nos trasladamos a un piso más grande para nosotros solos, más cerca del colegio donde me habían matriculado.

A los pocos meses de estar allí, descubrí que me gustaba aquello más que Galicia. Tenía un clima maravillosos, en invierno no bajábamos de los 15°C y los transportes públicos funcionaban muy bien. Me hizo mucha gracia el nombre que recibían allí los autobuses: “guaguas”. Hice amigos y amigas geniales y me encantaba mi colegio. Además, como vivía cerca del centro de la ciudad, tenía tiendas de todos tipos al lado de casa. Solo en mi clase había niños y niñas de Uruguay, Venezuela, Tailandia, Cuba, Colombia, etc., lo cual certifica el hecho de que casi la mitad de la población residente en Canarias es extranjera.

Otra cosa que me encantaba de Tenerife eran sus carnavales. Son los segundos mejores del mundo. El desfile dura más de cuatro horas y los trajes de las reinas pesan hasta una tonelada.

En el verano de 2005 volví a Galicia, pero regresé pronto a Canarias porque no habían trasladado aún a mi madre.

El segundo año en Tenerife volvió a ser genial, visité algunas de las zonas turísticas de la isla.

En 2006 volvieron a trasladar a mi madre a Galicia y yo me enfadé porque no quería volver. Pero ya ves, ahora estoy en Galicia escribiendo esto y me vuelve a gustar tanto este lugar como Tenerife.

Inés Lorenzo Rial (1ºA ESO)

¿A quién conocería?

Si tuviera que elegir a un famoso para conocer, elegiría a Pablo Motos (el presentador del “Hormiguero”) porque me encanta su programa y me parece muy gracioso.

Lo primero que le preguntaría es si tiene hijos, porque nunca dice nada sobre si tiene o no. Lo segundo, le preguntaría cómo se atreve a correr los riesgos que corre aguantando una avalancha de corchopán, acercarse a un cocodrilo, caer de un ascensor a bastante altura, meterse en un coche a punto de caer de un precipicio... De tercero le preguntaría cuántos años tiene y, de cuarto, si no se aburre del programa teniendo que grabarlo todos los días. Y, por último, qué tal le iba en el instituto, si se metían con él porque fuera bajito, si tenía muchos amigos, si sacaba buenas notas, si repetía curso, si no prestaba atención, etc.

Sergio Menduiña Lebrero (1ºB ESO)

Si estuviese con un famoso con quién sería y qué haría con él

Me gustaría conocer a los Jonas Brothers, porque son mi grupo favorito aunque hace poco que son famosos.

Si tuviese la oportunidad de conocerlos charlaría con ellos aunque sería un poco complicado, pues ellos no saben hablar el español ni yo el inglés.

Viajaría a su país con ellos para conocer a su familia, su entorno, sus costumbres y aprovecharía para sacar muchas fotografías, para luego enseñárselas a mis amigas y presumir un poquito.

Acudiría a todos sus conciertos porque esto es en realidad lo que a ellos les gusta, que sus fans vayan a todos sus conciertos y de paso subiría al escenario a cantar una canción con ellos si me lo pidiesen.

También me haría ilusión ir en una limusina con ellos y de paso conocer a otros famosos que fuesen amigos suyos.

Les enseñaría Galicia, el español, mi casa, mis amigos, mi familia y los invitaría a cenar en mi casa. Haríamos una barbacoa en la terraza de mi casa y lo pasaríamos genial.

Lo único que puedo decir es que me encanta este grupo y haría un montón de cosas con ellos si tuviese la suerte de conocerlos.

Bárbara Santos Rodal (1ºB ESO)

Mi vida

Me llamo Laura Otero Cabaleiro, nací en Pontevedra el 18 de abril de 1996. Vivo en Bueu. Estoy estudiando 1º ESO en el Johan Carballeira. Mi madre se llama Pilar Cabaleiro Juncal y mi padre José Manuel Otero Cadilla. Mi madre es peluquera y mi padre jefe de máquinas en un barco. Tengo muchos primos, pero con 7 son los que mejor me llevo. Tengo dos bisabuelas y un bisabuelo. Yo mido 1,64 m. y peso 49 kg., mi pelo es castaño y corto, tengo aparato, los ojos marrones. Soy alta y delgada. Tengo muchísimo carácter. En mi tiempo libre me gusta pasear y divertirme con mis amigas. No soporto a la gente que te dice que le caes bien y por detrás hablan mal de ti.

Un recuerdo bonito fue cuando un día de Reyes, era yo pequeña (tenía 7 años), me regalaron un bicicleta... Cuando me monté en ella no le llegaba al suelo, ese día lo tengo en mi cabeza; como cuando me regalaron un hámster llamado HAMTARO y otro llamado LACITOS, hace un año que los dos me murieron, pero eran los mejores hámsters. No los olvidaré.

En el futuro me gustaría trabajar de fisioterapeuta porque dicen que soy muy buena dando masajes o forense pero dicen que es un poco desagradable. ¡Ah!, en el futuro intentaré cambiar el móvil... Muha hahahahaha.

Cuando era más pequeña quería ir para la mili pero ahora ya no estoy tan interesada en ir.

Laura Otero Cabaleiro (1ºB ESO)

Redacción

Era una fría mañana de invierno. El café de la mañana me había despertado por completo, así que por una vez en mi vida llegaría a tiempo al trabajo. Bajé al garaje y allí estaba: un gran hueco oscuro en el lugar que debería ocupar mi coche. No sabía muy bien lo que era, no quise comprobarlo, mejor dicho, tenía miedo de comprobarlo, así que enseguida cerré la puerta del garaje.

Tenía prisa y necesitaba el coche, pero no podía sacarlo del garaje y tuve que llamar a algún vecino para que me acompañara a ver qué era aquello. Todo era muy extraño, no estaban ninguno de mis vecinos en casa, es raro porque mis vecinos son ancianos que viven solos y siempre están en casa.

Intenté llamar a alguno de mis amigos pero mi teléfono no funcionaba y eso que era nuevo. Justamente el día anterior había dejado el móvil en la casa de mi abuela. Finalmente pude encontrar a alguien que me acompañara, mi prima, que pasaba por allí en bicicleta. Mi prima también tenía un poco de miedo cuando le conté lo que pasaba pero como es bastante orgullosa decía que no tenía miedo aunque yo se lo notaba. Nos dirigimos al garaje y abrimos la puerta muy lentamente con mucho cuidado para no llevarnos un susto, pero no pasó nada. Mi prima se me quedó mirando con una cara como diciendo: “¿Y esto es lo que te daba tanto miedo?” Yo también me quedé un poco extrañada por lo que había en el garaje. Resulta que no podía hablar por teléfono porque hubo una avería y cortaron el cable del teléfono y mis vecinos no estaban en casa porque son familia y era el cumpleaños de su nieto, pero lo mío sí que era para matarme. Esa mañana se me había olvidado poner las lentillas con la prisa, y lo que yo pensaba que era un hueco negro era mi coche tapado con una funda negra para que no se manchara cuando pintamos el garaje.

Ese fue el día más vergonzoso de mi vida.

Marta Dopazo Miranda (1ºA ESO)

Un día en el centro comercial

Hace unos días fui a un centro comercial llamado “Carrefour” con unas amigas y los padres de una de ellas.

La madre es alta, morena y con una voz muy aguda. El padre es más bien bajo, regordete y con una voz un poco grave. Su hija es alta, delgada, morena y tienen una voz que no es ni muy aguda ni muy grave. La madre de mi amiga entró en la frutería para comprar unas naranjas. Cuando se aproximaba a la estantería de las naranjas se le cayó un zapato, pero lo peor fue que se estrelló contra la estantería de las naranjas con todas ellas cayéndole encima.

En aquel momento la pobre mujer pensó: “Tierra, trágame”.

Sin embargo, mis amigas y yo nos tronchábamos mientras el marido de la mujer corría hacia ella con la intención de socorrerla.

La cara del hombre cuando vio que se caía fue de susto porque tenía miedo de que se hubiera hecho daño pero, a medida que se iba acercando, viendo la cara de su mujer allí tirada entre tantas naranjas, empezó a reírse tanto como lo hacíamos nosotras.

Pasada la vergüenza, ella, se rió un montón.

Al final acabó siendo un día muy divertido.

Laura Ferradanes Parada (1ºA ESO)

Un extraño pasadizo

Hace unos ocho años, cuando Laura era propietaria de una librería, cada día venía una honesta viejecita de ojos negros para leer sin parar de pie al lado de la estantería donde se encontraban todos los libros de literatura y poesía. Laura sabía que la señora era bastante testaruda, pero buena persona, y claro, no se iba a comprar todos los libros que deseaba leer y tampoco quería ir a la biblioteca porque decía que los jóvenes que iban a estudiar no paraban de mirarle de reojo. A Laura no le molestaba que fuera, para nada, pero se sentía incómoda al ver a la anciana sin una silla para sentarse. Por eso un día decidió ampliar la tienda con una pequeña sala de lectura. La anciana estaba encantada y casi siempre traía con ella a uno de sus nietos.

Un martes nublado vino con su nieto André de 10 años, tenía el pelo negro y ojos marrones, era travieso y curioso pero muy inteligente y adorable. Le encantaban los libros de aventuras y estos últimos días estaba cautivado con un libro titulado *La triste soledad*. Trataba de una niña llamada Amaia que había quedado huérfana y no había tenido a nadie que la apoyara y le enseñara a ser más fuerte, para disgusto de André, la historia acababa con la muerte de la joven. Era una de esas novelas tristes que no estaba acostumbrado a leer. Estaba decepcionado y no quería hacerse la idea de que la historia terminaba de esa manera. De repente escuchó la voz de su abuela.

- Cielo, ¿ya has terminado de leer el libro? – dijo con dulzura.
- Sí, abuela, me ha gustado mucho, pero tiene un final muy triste – respondió amablemente a su abuela.
- Entonces, ¿por qué no vas y coges otro cuento?
- Claro, ahora iré.

André iba sin entusiasmo. Buscó y buscó por toda la estantería disponiéndose a dejar el libro cuando descubrió un agujero que no tenía final. Le recorrió la curiosidad y empezó a sacar libros y libros hasta que descubrió que aquel “agujero” era una especie de pasadizo. Entró y sintió como si se encontrara en otro mundo, pero lo que parecía un sentimiento era la extraña realidad. Paralizado sintió como si conociera perfectamente el lugar, anduvo poco a poco y a lo lejos reconoció a una niña de su edad con el pelo largo y rubio y ojos azules. ¡Claro! Era Amaia, estaba... estaba dentro de *La triste soledad* y pronto se dio cuenta también de que estaba ahí por algo, y eso no era casualidad. Ahora

podría cambiar el final y sobre todo conocer a Amaia, aquella joven que lo había cautivado solo leyendo cada palabra de aquel maravilloso libro.

Estaba muy nervioso, pero se decidió y fue perdiendo distancia poco a poco con la niña. Andaba cabizbaja cerca del bosque... Pero, ¡un momento!, no era el principio de la historia, sino que estaba casi en el desenlace, cuando Amaia se perdía por el bosque y llegaba a la misteriosa casa donde se quedaba encerrada. André la siguió y logró alcanzarla.

- ¡Oye! ¡Para, por favor! ¡Me llamo André! – dijo cansado.
- ¿Qué? Ah, claro, hola, soy... Amaia –dijo aún triste.
- ¿A dónde vas?
- No lo sé, pensaba dar un paseo...
- Sí... Claro.

Poco a poco la pequeña se fue animando y durante el camino se habían hecho cómplices. André estaba tan fascinado con la chica que no se dio cuenta de que estaban justo en frente de una casa terrorífica y antigua, la casa de la que luego Amaia no podría salir. La niña fue corriendo rápidamente hacia la puerta y entró. André no pudo detenerla y consiguió, como pudo, entrar a pesar de saber lo que pasaría.

André había leído que en el sótano se encontraba la única ventana de toda la vivienda pero prácticamente inaccesible. El niño intervino:

- Tenemos que dirigirnos hacia el sótano y encontrar alguna forma para acceder a la ventana y salir rápidamente de aquí – dijo pensativo.
- ¿Qué? Salgamos por la puerta como todo el mundo – dijo confusa Amaia.
- ¡No!,..., no se puede salir de aquí , esta ventana es nuestra única posibilidad de salir. No tenemos tiempo, pero te prometo que cuando todo se acabe te lo contaré todo. Sé paciente, por favor.

Amaia estaba boquiabierta pero fue paciente como se lo había pedido André.

Lo lograron, sí, es todo un misterio cómo, pero lo consiguieron. El joven sabía que se tendría que ir, algo que le entristecía, pero no sin antes contarle todo a Amaia. La niña lo entendió disgustada.

André consiguió volver a la librería de nuevo. Ya allí, colocó los libros que había sacado antes y afortunadamente nadie se había dado cuenta de su ausencia. Se acercó a su abuela y seguidamente se fueron. Al joven no le extrañó que su abuela no se preocupara por su tardanza, cuando de verdad le gustaba un libro no se daba cuenta de lo que ocurría en el exterior.

De camino a casa se encontraba satisfecho pero a la vez triste porque jamás volvería a ver a su querida Amaia, o tal vez sí...

Lucía Otero Medraño (1ºB ESO)

CUENTO

Érase una vez, en la aldea de los peluches, un peluche llamado Gordumaru. Era algo rechoncho, bajito y era un oso.

Cuando cumplió dieciocho años quiso ir a la guerra, y enfrentarse a los enemigos, en este caso, los muñecos de acción (Superman, Spiderman, Batman...). Aunque el capitán de los muñecos de acción fuera un almirante de los peluches, defendería su honor.

Gordumaru convenció a sus jefes para que le pagaran mil euros por mes, en contrapartida, a los demás, les pagaba menos. A Gordumaru le contrataron por ser fuerte, ligero como una pluma y saber usar las armas perfectamente. Al cabo de unos días lo echaron por hacer tonterías como prenderle fuego a la cama. El pobre no recibió ningún sobresueldo.

Durante los tres días que estuvo fuera, el encargado de mantenimiento, el conejo Bili, había estado maltratando a los padres de Gordumaru, los padres le dijeron cuando llegó a casa:

- Corre, Gordumaru, Bili está en casa y tiene una pistola.
- No os puedo dejar aquí – les dijo.

A Bili se le escuchaba hablar de una bomba en el edificio y de repente... todo explotó.

Unos días más tarde, Gordumaru se despertó en una isla sin un brazo cerca de la costa. No sabía dónde estaba y decidió explorar aquel sitio. Cuando iba andando despistado pensando en el suicidio que había cometido Bili, tropezó con una piedra gigante que no le paraba de obstruir el paso. Él pensaba que estaba en una isla desierta pero le atacaron por la espalda y lo durmieron con cloroformo. Cuando despertó estaba en prisión, lo habían encadenado los muñecos de acción para usarlo de rehén, puesto que estaban en guerra con los peluches.

Un guardia que había estado espiando a Gordumaru cuando estaba en el ejército vio la explosión y a los padres muertos. Cuando se lo explicó a Gordumaru decidieron hacerse amigos y darle un buen escarmiento a los peluches y a los muñecos de acción. Ellos sabían cosas de los luchadores.

Super Mario, que era el guardia, ayudó a Gordumaru a salir de prisión. Se dirigieron a un laboratorio para inventar las peores pesadillas de los dos contrincantes. Contra los “Superhéroes”: una araña gigante que se coma la telaraña de Spiderman, con un gran caparazón para que Superman no le haga daño, y superfuerza. Contra los “Peluches”: un bebé que se dedica a romper peluches.

Se salieron con la suya, solo que los “Superhéroes” y los “Peluches” se pusieron de acuerdo para matar a Gordumaru y a Mario, que habían causado tantas muertes.

Ellos se mudaron a un país donde habitaban humanos y, al verlos, decidieron fabricar más tipos de peluches y más tipos de superhéroes, puesto que ellos no sabían que esas criaturas existían.

Desde ese día Gordumaru y Mario vivieron en España tranquilamente.

Por eso ahora existen los superhéroes y los peluches.

Sergio Menduiña Lebrero (1ºB ESO)